

PERIFERIA

Revista de estudiantes de filosofía: Universidad del Quindío
Vol. 1 Núm. 1 (2023): Ecofeminismo.pp.43-46.
ISSN en proceso

Espacio abisal: lectura de *Tu cruz en el cielo desierto*

Mariana Valencia Giraldo Comunicadora Social Periodista
marianavalenciagiraldo@gmail.com



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas

Vi a través de mis descripciones, que la imaginación es el lugar donde los objetos se buscan en otros distintos... Carolina Sanín

La imaginación es el lugar en el que sucede la metáfora, que es, a su vez, la transmutación. Carolina Sanín dice que la metáfora no es cuando algo se parece a otra cosa, sino cuando se convierte en otra. La conversión es buscarse en otro distinto para volver a ser cuando se es otra cosa. Dos objetos —o sujetos— distintos al mirarse no hallarían más que diferencias. La conversión es la única forma de la similitud. Cuando Carolina recrea todo el tiempo lo vivido —y recrea nuevos episodios eróticos en presente—, experimenta una realidad alterna: la realidad que solo puede vivir quien la crea porque se mueve por los espacios propios de la imaginación y del recuerdo. La mente es el otro escenario de la teatralidad.

Es ahí donde el relato erótico de la mujer está enmarcado en ser el otro en este caso: el hombre, que es el amante y es Cristo. La imaginación es permisiva con la metáfora que permite la transición del nombre y lo que este contiene. Lo anterior es una suerte de metáfora aristotélica, porque propone el traslado del término hacia otro significado distinto. Lo común entre la metáfora aristotélica y la que propone Carolina, es el nombre que, siendo el término, aspira a tener un significado diferente al propio, a la vez que modifica su nombre con su nuevo significado. La letra 'c' que es el punto de partida de Carolina, también precede a Cristo, a la cruz, a China y al cuerpo: su nombre

propio se perpetúa en otros elementos que son la disociación de ella y su meta. Primero está el amante que nos presenta la autora en el libro. En él, ella descubre otra cara que es la propia cuando fantasea que alguien cumple su propia orden: "Agárrate la verga viscosa con la mano entera, la mano contraria a la del espejo, donde apareces casi como en mi imaginación" (Sanín, 2020, 154). Luego de ser el amante, pasa a cumplir la fantasía de ser el Cristo, porque se ve crucificada a sí misma mientras es tripulante de un avión, y siente que el cuerpo crucificado de Jesús es el propio (Sanín, 2020, 183). En esa fantasía, Carolina se masculiniza y hace que Cristo se feminice al convertirlo en ella: el clavo perfora el cuerpo, mientras este siente dolor y sangra como una virgen que es penetrada por primera vez.

Lo copular sucede dentro de la imaginación, que es el lugar de encuentro. El relato se sitúa en una dicotomía de realidad y ficción, y ella deja por sentado que lo que cuenta del hombre amado puede no ser lo que uno está leyendo, sino otra cosa. Lo más real, la posibilidad más plausible de la existencia sucede en el espectro de la imaginación: no solo en el lugar menos tangible, sino en el lugar intransferible. La imaginación es el multiverso: de la mujer que tiene un amado y que es hombre y mujer cuando se ama a sí misma, del hombre diluido en el territorio y del Cristo que cede la cruz para que otro que no es él y que es mujer sienta la penetración y el placer.

La territorialidad es algo inmaterial y China es el límite de ese territorio que no existe y es en ese lugar donde la

cruz está enterrada. La China que la autora narra es una China nueva, en la que tal vez existe el hombre amado y un relato erotizado entre ambos. Carolina divagó sobre la idea de ir hasta allá para encontrarlo, o hacer que él viniera de allá para buscarla: ni en su ida ni en la venida existe el encuentro, porque esa China no existe, salvo para ella que imagina y para el amante imaginado, dice la autora: "Y que tenía que ser un país en el extremo oriente porque era significativo que él viviera un día por delante de mí" (Sanín, 2020 143); él estuvo un día delante de ella para que su encuentro fuera siempre el desencuentro. Es la paradoja del día que no pueden compartir ambos, aunque lo compartan en la virtualidad: vivirán el mismo día siendo otro día distinto al vivido por el otro eternamente. En términos de encuentro espaciotemporal ambos eran la imposibilidad que solo era posible en el territorio imaginario. La crucifixión y muerte suceden en el cielo, el lugar en el que China y lo terrestre dejan de existir. De esta forma el único territorio visible es el del símbolo que reúne a los creyentes: la cruz. Carolina dice estas dos frases durante su pasión:

[...] detrás de mi boca se formó la frase Mi soberanía. Me la dije cuatro veces cruzándome el pecho, como si me echara la bendición." (Sanín, 2020, 172). Cerré los ojos, y los abrí con la palabra «crucifixión» suelta en la lengua (Sanín, 2020, 181).

Estar crucificado implica cierta soberanía. En el territorio de la cruz, que sin ser el sol dirige la brújula, y une al

oriente, al occidente, al norte y al sur, está el cuerpo clavado. Y no hay otra cosa además del cuerpo y la cruz: allí se cumple la soberanía del único mundo clavado en la cruz, que es el del cuerpo. La primera frase que ella piensa es "mi soberanía", y la dice sin decirla, porque la palabra la tiene puesta sobre la garganta, donde se supone que se une los cuatro puntos cardinales. Su forma de decirla es señalándose los puntos sobre el pecho, con la mano que es la que acciona el corazón, o el recuerdo de sí misma en el otro. Todo eso lo hace mientras conduce su carro por la ciudad, en un intento por reconocerse como parte de un lugar: señala su propia ubicación en el territorio por medio del pecho. Más adelante, su lengua puede decir "crucifixión" estando en el cielo. Ahora no solo existe en el territorio de la cruz, sino en el de la palabra, como lo hace Cristo antes de morir. Todo el tiempo es la crucifixión que no solo es cruz sino lenguaje la puerta al cielo. La ubicación en el primer territorio posible (el de la carretera), es la mirada que se alza al cielo, donde convergen la cruz, Cristo, la mujer, el sol y el nacimiento de la vida a la muerte. La inexistencia es la suerte con la que corre Dios creador y por eso se busca en Cristo. "Pero ¿cuándo, ¿dónde habré tenido yo esa misma cara suya, para que me hollara a tal punto el corazón?" (Sanín, 2020 130), dice. Desde siempre ella habla de su relación como una suerte de proyección de sí misma: la conversión. En esa imagen del "hollara a tal punto el corazón", y que sea justo el corazón: el que siente el amor, el que recuerda; en el que queda para siempre la huella del

otro. La penetración del otro en el recuerdo suyo; el recuerdo que, a la larga, será el de sí misma sintiendo amor, no del otro en sí. También Cristo se entregó por amor, porque se supo igual al otro. Entonces temió.

Bibliografía

Sanín, C. (2020). *Tu cruz en el cielo desierto*. Colombia. Editorial Laguna libros.